



CARLOS PEÑA GONZÁLEZ

En uno de esos textos cuya elocuencia concisionista nos sorprende como si fuera un espejo, Borges describe el paso de la alegoría a la novela como un tránsito desde el realismo al nominalismo. Mientras para el realismo el lenguaje, las palabras con que nos esforzamos por encontrarnos son una sencilla ideología de una realidad que las precede, pero con la que misteriosamente coincide, para el nominalismo esas mismas palabras remiten unas a otras en un juego de citas, de traducciones y de interpretaciones de un original que, si alguna vez hubo, se ha perdido ya para siempre.

Los signos —sugirió Derrida— emiten una realidad que nunca se da presente. Este tránsito acerca del que habló la atención Borges albergaría un entendimiento decisivo: "la detención primordial de la modernidad". Esa es la tesis que despliega Eduardo Sabrovsky en este libro reciente, provisto de una erudición y estridencias. Sabrovsky emprende un relato de la modernidad como época nominalista que —no obstante su empeño— no logra eludir la irrupción de lo incondicionado, de lo numinoso en una palabra de lo extraordinario.

¿Qué hay en el nominalismo, en esa concepción del lenguaje retida con la realidad —a la que, sin embargo, pretende nombrarse— para que en ella pueda ocultarse el rasgo primordial de nuestra época? Sabrovsky sugiere que con el nominalismo se consume la "rebatención de la temporalidad histórica", el rechazo de la idea de que en la historia subsuya algún tipo de guión que podríamos intuir. Si, como sugiere el nominalismo, las palabras son índices a la realidad que pretenden nombrar, si no hay identidad entre el ser y el pensar, entonces la coherencia entre la particularidad de lo que somos y la universalidad de nuestros relatos no es, simplemente, posible. El dolor del chico Molina no se apacigua —como quería Anguila— por la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. El nominalismo, al dejarse hipnotizar por nuestra individualidad y al erigirse como sujeto, lo hace al precio de privarnos de todo contexto y de todo sosiego.

#### Falsas reconciliaciones

Ni Tolstói ni Hegel, dice sería el rechazo que caracterizaría al nominalismo, a esta época cuyo retrato emprende Sabrovsky.

En, si no recuerdo mal, en unas páginas escritas casi al mismo tiempo que concluyó "Cuarta y Paz" donde Tolstói ironiza el hecho de que el ser humano, en cuanto individuo, adopta sus decisiones con entera libertad, de manera incondicional, aunque, sin embargo, esas decisiones debieran estar en una metafísica fija. Cuando surge en el momento de decisiones libres sumadas, tanto más, sugiere Tolstói, desaparece el resultado del libre albedrío. Como consecuencia de esas constataciones,



EL MITO DEGRADADO.— Españado, como si fuese invisible, por sus lazos de la razón ilustrada, subditó, sin embargo, en esa forma degradada, solapada, clandestina, aunque visible, de la cultura de masas.

FILOSOFÍA | Libro de Eduardo Sabrovsky.

# Una mirada al abismo

En su último libro, "De lo extraordinario. Nominalismo y Modernidad" (Cuarto Propio-Univ. Diego Portales, 2001), Eduardo Sabrovsky emprende un relato de la modernidad como una época nominalista que —no obstante su empeño— no logra eludir la irrupción de lo incondicionado, en una palabra: de lo extraordinario.

Tolstói, en vez de aconsejarnos vivir sencillos en un sentido global y único del que no podríamos escapar —la historia, dice, es un sonido que contrasta las preguntas que nadie le dirige—, abogó a veces por la sencilla variabilidad individual, única manera, pareció pensar, de recuperar la libertad, ese momento de incondicionalidad que anima nuestros actos. Como Tolstói, Hegel —en las lecciones sobre la filosofía de la historia universal— confiesa que cuando mira al pasado sólo es capaz de ver ruinas, un "inmenso altar, digo, donde se ha sacrificado la dicha de los pueblos y la virtud de los individuos". ¿Para qué, con qué fin, pregunta, se han realizado esos enormes sacrificios? La respuesta de Hegel, al nivel de la de Tolstói, es una trágica maldad, un "tránsito de la historia en un rostro sin facciones, incapaz de brindar consuelo alguno". Kant, Hegel y Marx hicieron el intento de dilucidar las facciones de ese rostro anónimo. Intentaron cuadrar las cuentas entre nuestros sueños de plenitud (la justicia, la verdad, el progreso) y el rostro feo de la breve realidad de cada una, plagada de errores e injusticias. Ellos quisieron hacer coincidir nuestra pequeñas cuentas morales, con el balance global del universo y de la historia. Se trató, sin embargo, de una tentativa que, transformada en hecho —todo un mundo—, reveló su imposibilidad y su miseria.

Una miseria que, sin embargo, no agota en nosotros el deseo de lo extraordinario. Porque ocurre que

usted y yo —el público— aspiramos a que el significado de nuestras vidas no repose sólo sobre nuestra voluntad, a la que sospechamos frágil. Aspiramos a que se funde en un momento provisto de universalidad. El mismo lenguaje se estructura sobre ese abismo. El nominalismo moderno, sin embargo, nos atrapa en un mar sin fondo de detalles singulares e impenitibles, y arriesga el peligro de condenarnos al silencio y a la imposibilidad de pensar, como lo ocurrirá alguna vez, dicho sea de paso, al momento que soñó Borges. "Hablar —expresa Sabrovsky— supone universalidad, deber ser un puente hacia lo extraordinario. En su forma más elemental, este puente está constituido por el mito". Si bien la modernidad ilustrada desconfía del mito como si se tratara de una superstición de ignorantes, el mito "no desaparece ni podrá desaparecer". Españado, como si fuese invisible, por sus lazos de la razón ilustrada, subditó, sin embargo, en esa forma degradada, solapada, clandestina aunque visible, de la cultura de masas.

#### Nietzsche y la modernidad

En Nietzsche, sugiere Sabrovsky, es posible advertir un saber respecto del mito. Para Nietzsche no hay propiamente origen en las cosas humanas, sino invención. Mientras el origen alude a un rango inscrito en nuestra naturaleza, la invención posee un inicio contingente que, en vez de coincidir con lo real, lo hace, ejerciendo violencia sobre él. Por eso Nietzsche buceó en la genealogía de la moral y en la genealogía del conocimiento, para mostrar de qué forma eran nada más que inventos, formas contingentes, un ejército móvil de metáforas.

La genealogía de Nietzsche, sugie-

re Sabrovsky, no logra, sin embargo, eludir la metafísica. A fin de cuentas, Nietzsche no hace más que radicalizar el punto de vista de la razón moderna, por la vía de postular una voluntad —la voluntad de poder— hacia la que todo lo demás puede ser reconducido. "El propio sujeto que con Nietzsche afirma el carácter interesado y condicionado de toda verdad, de todo bien y de toda belleza —nos dice Sabrovsky— se sustrae, en el instante mismo de afirmarla, a su propio holocausto: toma la palabra, más allá de toda condicionalidad, de todo contexto, de todo horizonte". Así también, la preocupación de las "hermenéuticas de la sospecha", por los intereses materiales, empíricos, que condicionan el pensar, no son sino "la expresión de una conciencia rigurosamente post kantiana que, en busca de lo genuinamente condicionado, debe minuciosamente distinguirlo de aquello que sólo finge serlo".

El sujeto moderno no es solamente esa máscara, es quien, a través de Nietzsche, sabe que lo es. En momento de lucidez, sin embargo, sugiere Sabrovsky, sólo puede ser alcanzado mediante el sacrificio. La negociación antagónica es la crítica manera, en un mundo desrealizado, de rescatar al objeto de la esfera de la utilidad, del ámbito de lo transitorio, resultándole así su identidad, su gloria. Por eso el arte en las condiciones de la modernidad, anota Sabrovsky, es capaz de producir lo extraordinario a condición de renegarse a sí mismo, a cambio de negar el aura de la que se supone es portador.

#### Una ética para inmortales

¿Es posible, entonces, una ética nominalista, una ética que vaya más allá de la convención o de la indiferencia, más allá de ese momento so-

cialista, en que, junto con mostrarse, instantáneamente se consume? ¿Es posible, pregunta Sabrovsky, invención de una anotación de Borges, una ética para inmortales?

Esa pregunta por la posibilidad de una ética sacerdotil, sugiere Eduardo Sabrovsky, comienza en sí misma la respuesta. La posibilidad de que algo acontezca —e. g. el espacio literario respecto de la literatura empírica que nos consume— se instituye en norma de eso que acontece. Por eso Borges pudo presumir de que usurpaba sus sueños que escribió. A fin de cuentas, esos sueños transpuestos en la forma de literatura no eran sino el resultado de un otro, extraño e invisible, que en el mismo espacio literario ejemplificado en la biblioteca total.

Esa condición de posibilidad, como el permanente desdoblamiento de Borges escribiendo y siendo escrito, nos coacciona, sin embargo, a la autoreferencia, a esa forma de interrogar la exigencia al precio de mirar el abismo. Porque el abismo —después de todo, la nada— es la única forma que posee el nominalismo de la modernidad para instituir una ética o una estética desprovista de voluntad de poder, es decir, de subordinación. En efecto, anota Sabrovsky, para mantener la tensión ética asociada a la trascendencia, evitando a la vez que juegue del lado del poder, es necesario que el verdadero nombre de la divinidad sea Nada y que su palabra, la escritura, se convierta en una letra muda".

Una letra muda como símbola condición de que replanteada lo extraordinario, así, afirma Sabrovsky, culmina la modernidad. Algo que, por su parte, pareció comprender el psicoanálisis. La prohibición del incesto, rigurosamente hablando, en vez de excluir, como lo quería Freud, constituye.

La prohibición es, entonces, como anota Lacan, no una intención de algo que es real, sino la condición de posibilidad de que algo así como lo Real pueda acontecer. El Nombre del Padre, esa frase evocada y terrible, pero a fin de cuentas silenciosa, un significativo vacío que no dice nada, ejemplifica de manera ejemplar el destino moderno.

## Una mirada al abimismo [artículo] Carlos Peña González.

Libros y documentos

AUTORÍA

Peña González, Carlos

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

2002

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Una mirada al abimismo [artículo] Carlos Peña González.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile